

La tumba del alma

El pasado miércoles decidí vivaquear en solitario, tirado en un prado de montaña, asomado al cielo. Las montañas que me acogieron estaban sin viento, sin nubes, tensas y jadeantes, decididas a saltar y suicidarse por los barrancos de un infinito abrasado de estrellas. Con la espalda pegada al planeta tuve la sensación de que podía meter las manos por aquella selva de luces blancas y trepar hacia algún lugar inimaginable. Lo hice. El tacto de las estrellas era tibio y seco como el del pedernal. En pocos minutos estaba fuera del universo que ve la Ciencia y allí encontré a Platón sentado en un trono blanco. Estaba escuchando a una mujer desnuda y bella, apresada entre dos guardianes:

- Creo que el binomio alma-cuerpo ha creado mucho dolor. Un lametón en el cuello, lento e infectado de amor, puede llegar a sobrecoger mucho más que la música de Bach o la pintura de Goya. Esto, el Todo, es una gigantesca alma que se estremece cuando se lame a sí misma en cualquiera de sus puntos. Y ese alma ha sido enterrada viva en ataúdes de ideas. En ideas como las tuyas, señor. Hasta el más insignificante rincón de un cuerpo humano es un volcán por el que explota “el alma del mundo”; o “Dios” según panteístas como Spinoza, Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz; o “Campo Energético” según Einstein. El cuerpo no es la tumba del alma. Quizás sea al revés.

Pocos minutos después la hereje era expulsada del mundo de las ideas. Yo, oportunista, la ayudé a descender por la selva de estrellas tibias, y ella, al llegar al prado, ya libre de la dictadura de la moralidad, me ofreció el amor eterno que cupiera en lo que quedaba de noche. Y empezó lamiendo el alma de mi boca.

David López